

**COLECCION CIENCIAS SOCIALES**  
**NOVEDADES**

***El Diagnóstico Social.***

***Proceso de conocimiento e intervención profesional***

Mercedes Escalada - Silvia Fernández Soto

María Pilar Fuentes - Elza Koumrouyan

María Lúcia Martinelli - Bibiana Travi

***Nuevos escenarios y práctica profesional.***

***Una mirada crítica desde el Trabajo Social***

José P. Netto - Gustavo Parra - Alfredo Carballeda

José L. Coraggio - Nora Aquín - Mario Robirosa

María Felicitas Elias - Carlos Eroles - Adriana Clemente

***Trabajo Social y Mundialización.***

***Etiquetar desechables o promover inclusión***

Marilda Iamamoto - Federico Schuster - Daniela Sánchez Stürmer - Nora

Aquín - Aurora Romero de Rolón

***Niñez, pobreza y adopción. ¿Una entrega social?***

***Un estudio de investigación desde el Trabajo Social***

Florencia Altamirano

***Mujeres en situación de violencia familiar.***

***Embarazo y violencia. El varón violento frente al embarazo. Modalidades de intervención desde el Trabajo Social***

Rosa Entel

***La discapacidad: una cuestión de derechos humanos***

Carlos Eroles - Carlos Ferreres (compiladores)

***Reconfigurando el Trabajo Social. Perspectivas y tendencias contemporáneas***

Olga Lucía Vélez Restrepo

# **Reconfigurando el Trabajo Social**

## **Perspectivas y tendencias contemporáneas**

Olga Lucía Vélez Restrepo

Universidad de Antioquia  
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas  
Departamento de Trabajo Social  
Medellín, Colombia



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ENTRE RÍOS  
FACULTAD DE TRABAJO SOCIAL  
Biblioteca y Centro de Documentación  
Alumna Silvia Wollert  
**PRESTAMO INTERNO**

**ESPACIO**  
**EDITORIAL**  
Buenos Aires

## **Fundamentación teórica o los errores de la razón**

***“Una teoría no es el conocimiento. Una teoría no es una llegada, es la posibilidad de una partida. Una teoría no es la solución, es la posibilidad de tratar un problema. Dicho de otro modo, una teoría sólo cumple su papel cognitivo, sólo adquiere vida, con el pleno empleo de la actividad mental del sujeto [...]”***

***(Morín: El Método, tomo III)***

### **Preámbulo**

El uso racionalizador, acrítico, descontextualizado y dogmático que el Trabajo Social ha hecho de las teorías sociales, buscando en ellas respuestas operativas e instrumentales que le permitan dilucidar problemas propios y específicos de la práctica, ha marcado la conducta profesional signándola de un activismo y pragmatismo que se traduce en falta de autonomía frente a las imposiciones institucionales, predominio de la perplejidad para enfrentar la incertidumbre y desplazamiento del conocimiento como orientador y guía.

La teoría como un sistema de proposiciones y percepciones a través de los cuales se reconfiguran los hechos y fenómenos, es una aprehensión de la realidad por la vía del pensamiento y está mediatizada por las experiencias y vivencias individuales y colectivas de los sujetos. La impronta de lo subjetivo es clave para comprender que las visiones del mundo, así como los intereses y los sueños, no son ajenas a las construcciones o lecturas (traducciones) que se hacen de la realidad.

Las transformaciones sociales están acompañadas de cambios en sus imágenes interpretativas, y la teoría como sistema de categorías –de percepción de la realidad– no puede ser ajena a las condiciones históricas y particulares donde ella se produce, porque correría el riesgo de petrificarse.

La no distinción entre conocimiento y teoría y la ideologización que se hace de la misma, constituyen un obstáculo epistemológico para la construcción de conocimiento y para fundamentar teóricamente la profesión. Teoría y práctica son actos del pensamiento, posibles solamente a través de sistemas de mediaciones que involucren experiencias, representaciones y concepciones del mundo y de la sociedad, y el establecimiento de relaciones de dependencia y correspondencia entre ellas no puede hacerse por fuera de la naturaleza —diversa y específica— de cada una, ni de los nexos a establecer entre sí.

Ni la teoría, ni la práctica —en sí mismas— comportan “conocimiento”, pero ambas están en posibilidad de aportar a la construcción del mismo, desarrollando procesos subjetivos, abiertos, de traducción y representación de la realidad, capaces de albergar en su interior la duda y el error.

La práctica como acción racional es ejecutada por sujetos reales y la sistematización de sus acciones puede, en un momento dado, aportar a la producción de conocimiento sobre la realidad en que se actúa, pero ella en sí misma no constituye teoría. Es un error pensar que las prácticas profesionales como tales producen teoría; en ellas afloran situaciones y eventos que sirven como insumos para avanzar en la comprensión de ciertos fenómenos sociales y son susceptibles —a veces— de soportar elaboraciones teóricas, siempre y cuando se sometan a rigurosos procesos de mediaciones y abstracciones.

Las categorías teóricas empleadas por el Trabajo Social para nombrar lo social dejan en el vacío la comprensión de ésta como una realidad compleja y epistémicamente construida. Las mismas, además de estar agotadas, han perdido su capacidad operativa puesto que se han reificado tomando la forma de lo que quieren designar, disfrazando así la realidad social.

La crisis de la razón instrumental coloca al Trabajo Social ante el derumbe e inoperancia de las teorías funcionalistas, estructuralistas o marxistas que —sin haber transitado por derroteros crítico-analíticos que las pusieran a prueba— fundamentaron la profesión. Para vaciar de contenido las viejas premisas con las cuales la profesión ha enfrentado la realidad, se requiere poner en cuestión la añeja contradicción existente entre teoría y práctica, desentrañando la autonomía y naturaleza de cada una de ellas y clarificando los procesos de sublimación y subordinación que se han hecho de la práctica, en detrimento de la teoría.

El surgimiento de las Ciencias Sociales está conectado con la necesidad práctica que tenía el Estado de unir a todos los ciudadanos en un proyecto común de corte nacional, regulado por una serie de normas, leyes y valores definidos y legitimados por el “conocimiento científico” y a través de los cuales se pueda lograr el sometimiento, de los tiempos y de los cuerpos de todos los ciudadanos estableciendo un efectivo control social.

Las recortadas concepciones y visiones que sobre el mundo, la ciencia y el conocimiento se le impusieron a las Ciencias Sociales en su proceso de constitución, se tornan insuficientes para dar cuenta de la complejidad de las sociedades actuales.

El Trabajo Social, no siendo ajeno a la anterior situación, sitúa su configuración en el marco de una acción social de corte jurisprudencial legitimada por el Estado y ejercida, en muchos casos, por organismos privados de carácter filantrópico. La imposición de prácticas específicas de corte asistencial (impregnadas de requerimientos operativos, de carácter instrumental) definió en buena medida una especificidad profesional alejada de la producción del conocimiento “científico” y donde lo teórico no cumplió un papel central.

El proceso de constitución del Trabajo Social está fuertemente signado por una relación discursiva de externalidad. Desde sus orígenes la profesión se ha visto abocada a establecer una serie de vínculos con prácticas, principios, postulados y valores que no emergen del seno mismo de la profesión —pero que le han sido funcionales en términos de las mediaciones y afiliaciones establecidas con la filantropía, el Estado, lo público y lo institucional— constituyéndose dicha situación en una limitación y una carencia significativa de develar, nombrar y superar en la perspectiva de reconfigurar un Trabajo Social Contemporáneo.

El advenimiento de la globalidad y la complejización de la realidad social ponen en cuestión muchos de los esquemas, valores, discursos, categorías y modelos teóricos y metodológicos que soportaron la profesión, impregnándola de certezas y eficacia. Las sociedades contemporáneas requieren un Trabajo Social que esté en condiciones de apostarle al conocimiento con solvencia y responsabilidad ética y capaz no sólo de plantear respuestas sino también preguntas pertinentes que conduzcan a develar las bondades, fisuras y oquedades de las situaciones presentes.

Resignificar el Trabajo Social Contemporáneo, fundamentando su especificidad en la esfera que la producción del conocimiento exige, implica aportar a la elaboración teórica con rigor y espíritu crítico y avanzar en la comprensión (global-particular) de lo social, eliminando las tensiones presentes en la relación teoría-práctica.

Los noveles trazos que el despliegue de lo subjetivo, lo cultural, lo simbólico y lo cotidiano —entre otros— le imponen a las sociedades contemporáneas, plantea la necesidad de elaborar nuevos mapas cognitivos.

Las teorías sociales contemporáneas deben estar en capacidad de albergar enunciados, proposiciones, categorías y conceptualizaciones que permitan traducir el significado de prácticas y relaciones sociales disímiles y complejas: Sujeto, Subjetividad, Cultura, Diferencia, Identidad, Conflicto, Desorden, Diversidad, Violencia, Derechos Humanos, Exclusión —entre otros— deberán constituir los ejes teóricos o “núcleos duros” y los dispositivos operacionales a partir de los cuales se direccionen los nuevos discursos teórico / metodológicos de lo social.

Las anteriores premisas condensan la temática propuesta para este primer capítulo dándole lugar a la estructuración del mismo, en los siguientes apartes:



- *Racionalización o el sin-sentido de la teoría en Trabajo Social*
- *Teoría y práctica: estableciendo mediaciones*
- *La construcción teórica en Trabajo Social: límites y adelgazamientos de la externalidad*
- *Ciencias Sociales y Trabajo Social: los desafíos de la sociedad global*
- *Crisis paradigmática: quiebras y rupturas*

## 1.1. Racionalización o el sin-sentido de la teoría en Trabajo Social

*"En tiempos de globalización ya no es posible articular –con pretensiones de verdad– un relato que busque otear de una sola mirada el conjunto total de sociedad... ninguna teoría en nombre de la objetividad puede erigirse como plataforma para observar la totalidad, sin ella misma ser observada."*

(Castro Gómez Santiago, 2000: 98)

Las teorías sociales como sistemas de construcciones conceptuales (enunciados, categorías, proposiciones o supuestos) a través de los cuales se intenta explicar la realidad, deben estar en capacidad de dejarse interrogar por ésta. La complejidad y diversidad de lo social limita y supera muchas veces la dimensión de la razón sin lograr establecer conexiones lógicas entre hechos y realidad, poniendo en cuestión la capacidad totalizante de las teorías y vaciando de contenido muchas de las categorías y sistemas de nociones mediante los cuales se intenta abordar lo social.

Entre teoría y observación existe una estrecha conexión y cada una de ellas está implicada en la otra. La teoría organiza y jerarquiza los datos de acuerdo a unos núcleos centrales, y todo proceso de construcción teórica está referido a necesidades y situaciones existenciales, estando en principio abierto al universo del cual extrae la información, albergando la capacidad de cambiar y modificarse a sí mismo. Cuando no ocurre lo anterior y la realidad no logra interpelar a la teoría, ésta se petrifica y encierra, convirtiéndose en doctrina –portadora de la "verdad"–, y de esta manera sus postulados y planteamientos se convierten en dogmas.

Las teorías abiertas permiten el diálogo racional y sólo desde ellas es posible acceder al conocimiento. Con el tiempo los sistemas de ideas tien-

den a degradarse, y para que eso no ocurra, es necesario establecer intercambios con el mundo exterior y con otros sistemas de ideas.

Las ideologías, inmersas en las teorías, dan una visión del mundo mutilada y recortada haciéndose necesario establecer quiebras y rupturas que permitan el derrumbe y desmoronamiento de las ideas que sostienen esas construcciones teóricas y enarbolar otros sistemas conceptuales que permitan darle sentido y estructuración a lo real. Morín plantea: "Somos víctimas de la ideología cuando ignoramos que vemos el mundo por intermedio de nuestras ideas y cuando creemos ver en nuestras ideas el mundo" (1981:65).

Saber pensar es abrir los sistemas teóricos al debate, al diálogo con otras teorías, con otros pensamientos, y eso no se resuelve de manera instrumental: no basta con verificar los datos buscando encontrar en ellos la lógica de su correspondencia interna, también es necesario organizar la experiencia para dilucidar y comprender la lógica que rige el pensamiento y el tipo de necesidades presentes en su organización. Saber pensar significa pensar el propio pensamiento, y esa capacidad de autorreflexión hay que potenciarla en todos(as) y cada uno de nosotros(as).

Las teorías –al igual que las creencias y las ideas–, además de construcciones mentales, son entidades poderosas que tienen la capacidad de posesión y enajenación. Para no correr el riesgo de convertirnos en esclavos(as), el papel de las teorías debe situarse en el terreno de la orientación, la búsqueda y la construcción de conocimientos conducidos crítica y reflexivamente.

Las ideas fijas y las ideas fuerza –o preconcebidas– son inflexibles, obstruyen toda posibilidad de diálogo y controversia, constituyendo grandes obstáculos para la producción del conocimiento: el aferramiento a determinadas teorías sin alojar en ellas lo nuevo, inhibe la posibilidad de pensar generándose confusión y desconcierto. Las teorías abiertas permiten el diálogo racional y sólo desde ellas es posible acceder al conocimiento.

La racionalidad es abierta y dialógica, establece vínculos, conexiones y mediaciones con la realidad, actúa en el terreno de la argumentación, no de la especulación ni de las ideologías. Se conecta con las instancias lógica y empírica de manera audaz y contundente definiendo límites, asumiendo riesgos y avizorando los peligros que el mecanicismo y el determinismo imponen. Además de crítica es autocrítica, porque reconoce sus propias insuficiencias.

- **La racionalización<sup>1</sup>** es una forma de dominio que la ciencia y la técnica ejercen sobre la naturaleza, es la domesticación que hace el hombre de las contingencias propias de la vida, para garantizar un marco que ampare su acción. Se funda sobre bases mutiladas o parceladas y, aunque retoma elementos de la racionalidad, constituye una fuente inagotable de errores e

(1) Término utilizado por Max Weber para designar la lógica a través de la cual el hombre, sirviéndose de la razón, descifra las leyes de la naturaleza y las coloca a su servicio.

Facultad de  
Trabajo Social  
Universidad Nacional de Entre Ríos  
Biblioteca y Centro de Documentación  
Alumna Silvia Weller  
10/05/2010 11:53:40

ilusiones que no se asumen. Doctrinas y teorías derivadas de modelos mecanicistas y deterministas incurren en la racionalización al concebir el mundo y la realidad social como algo fijo y preestablecido.

La racionalización exalta la importancia de los datos empíricos e ignora la complejidad. Cuando los datos son contradictorios o no se ajustan a los presupuestos teóricos, se rechazan (como si fueran falsos), restableciendo la concordancia y coherencia generadora de certeza. La racionalización es una amenaza no sólo para las teorías sino también para la vida diaria; ella suele instalarse también en el ámbito de la cotidianidad acomodando los hechos, las percepciones y los acontecimientos de acuerdo a las imágenes premeditadas que se quiera tener o proyectar del yo, del otro, de nosotros y de los otros. La capacidad de ocultamiento de la realidad es bastante grande.

- **La racionalidad** no es atributo o condición de mentes excepcionales ni patrimonio exclusivo de ningún grupo o cultura, se empieza a ser racional cuando se reconocen los límites de la propia razón y se mantiene viva la autorreflexión. Para evitar los peligros que la ilusión racionalizadora plantea es conveniente buscar la compañía de la humildad, como compañera y guía. Popper (1995:5) propone una serie de principios éticos que fundamentan el diálogo racional, como posibilidad para mejorar el entendimiento y la discusión de las ideas; entre ellos están: la aceptación de la equivocación, la autocritica y el debate.

Descifrar el sentido que el Trabajo Social le ha otorgado a lo teórico impone —entre otras cosas— la necesidad de identificar los vacíos de aquellas concepciones que sobre la teoría se han instalado al interior de la profesión y los tipos de razón a las cuales ella apela, cuando hace uso de las matrices teóricas que la sustentan.

Las clasificaciones establecidas, hace algún tiempo, por Horkheimer sobre Teoría Tradicional y Teoría Crítica, y por Morín sobre Racionalidad Constructiva y Racionalidad Crítica, aportan elementos de interés para la discusión que aquí nos ocupa; y aunque el objetivo de la misma no es desarrollar el pensamiento de tales autores, destaco como importante para el análisis la correspondencia que puede establecerse entre Teoría Tradicional y Racionalidad Constructiva y entre Teoría Crítica y Racionalidad Crítica. Así:

- **La Teoría Tradicional** concibe las construcciones teóricas como actividades propias del pensamiento referidas a la elaboración de enunciados y proposiciones que tienen como finalidad el diseño de leyes y modelos explicativos de la sociedad y cuya validez depende de la correspondencia entre un objeto construido previamente y un sujeto que está separado del mismo. Lo social se asume en esta concepción como algo externo y cognoscible mediante el sentido común o la experiencia, olvidando el papel histórico que los contextos cumplen en la construcción social de la realidad. Ella opera clasificando los datos y levantando sistemas conceptuales que simplifican la realidad. Elimina las contradicciones, porque su interés se

centra en la capacidad de respuesta y en la búsqueda de soluciones funcionales según campos específicos de aplicación. Desde esta lógica, el pensamiento científico no tiene por qué ocuparse del cuestionamiento crítico de los conflictos ni de las divisiones presentes al interior de la sociedad.

- **La Teoría Crítica** considera que tanto el objeto como el sujeto de conocimiento son construcciones sociales, históricas y culturales bastante complejas que forman parte de una trama de relaciones, poderes y contrapoderes que se afectan mutuamente. El tipo de transacciones que se establecen entre sujetos y estructura le asignan un carácter de transitoriedad a las proposiciones analíticas elaboradas por la teoría y ubican su papel en el terreno de la reflexión sobre las estructuras desde las cuales se producen las realidades sociales y las categorías que las nombran.

Al ratificar que la compleja trama de relaciones y contradicciones existente entre sujetos y sociedad produce resultados nefastos, el propósito de la Teoría Crítica se ubica no en el planteamiento de verdades sobre el mundo social, sino en la generación de modelos interpretativos tendientes a transformar dicha realidad, agenciando la acción política. Algunos estudiosos de la modernidad identifican esos resultados perversos con "la paradoja de la racionalidad" señalando que los mismos se presentan no por falta de "razón" sino como resultado o consecuencia de la misma.

- **La Racionalidad Constructiva** centra su preocupación en la formalización o verificación de las teorías buscando establecer la compatibilidad entre las ideas que componen las mismas, los acuerdos entre las afirmaciones y supuestos implícitos en ellas, y las bases o evidencias empíricas que las soportan. Esta racionalidad es el sustento de muchas de las ilusiones científicas o "rigurosas" del mundo occidental y debe estar abierta y sometida a la discusión para no correr el riesgo de convertirse en doctrina o racionalización.

- **La Racionalidad Crítica** está referida a la vigilancia ética y epistemológica que se ejerce sobre la producción teórica con el fin de controlar los riesgos, errores ó ilusiones a que están sometidas las teorías y las ideas.

El Trabajo Social ha utilizado de manera acrítica y fragmentada algunas nociones básicas de las teorías sociales y humanísticas con la finalidad de explicar situaciones concretas que se le plantean en la práctica profesional.

(El uso instrumental y racionalizador de la teoría se convierte en un obstáculo epistemológico para la producción del conocimiento en Trabajo Social y contribuye a que situaciones como la pobreza, la exclusión, la violencia, el desempleo, el maltrato, la falta de servicios básicos y los problemas de salud y educación —entre otros— sean concebidos desde una óptica determinista.) Las causas o manifestaciones de éstas y otras muchas situaciones son analizadas desde perspectivas funcionalistas, estructuralistas o marxistas (economicistas), y la adaptación social, la "liberación" o la transformación social (en contra de la explotación) se constituyen en vías para



menguar los efectos nocivos del sistema.

Un gran acopio de teorías positivistas (funcionalistas y estructuralistas) orientadas a mejorar y enriquecer el funcionamiento de la sociedad constituye el marco de referencia conceptual sobre el cual reposa gran parte de la fundamentación profesional del Trabajo Social. Conceptos como los de ajuste, adaptación e integración social impregnaron la literatura profesional durante varias décadas, direccionando todo un trabajo profesional de corte adaptativo, donde el control y el acomodamiento de las personas a la sociedad era lo primordial.

Para designar o explicar el comportamiento humano, la profesión echó mano de categorías conceptuales propias de enfoques biólogos y psicólogos mediante las cuales se institucionaliza o formaliza la conducta del hombre, estableciendo patrones estandarizados y predecibles de comportamiento, a través de los cuales se explican aquellos procesos individuales y colectivos de reconocimiento y distinción donde se instauran estructuras de poder, marginación y control social. Nociones como las de roles, estatus, estratificación y discriminación social –por citar algunas– apoyaron durante algún tiempo los análisis presentes en la práctica profesional.

Las Teorías Desarrollistas sobre el Cambio Social –impulsadas por la CEPAL– irrumpen en los escenarios profesionales, especialmente latinoamericanos (debido a las características propias de estos contextos sociales y políticos), a partir de los años setenta, conviviendo en estrecha tensión con los planteamientos que las teorías marxistas de la liberación y la transformación social promulgaban, bajo forma de doctrinas.

Oteando el horizonte de las múltiples y disímiles propuestas teóricas que han impregnado –sustentando o alimentado– la profesión tratando de descifrar en ellas los sentidos que las mismas le otorgan a la teoría, me atrevo a sugerir la presencia al respecto, de varias tendencias y la coexistencia tensional entre algunas de ellas. Así:

- Desde sus comienzos el Trabajo Social ha privilegiado concepciones muy limitadas sobre la teoría (asimilables a la concepción tradicional o constructiva), opacando sus posibilidades como orientadora de la búsqueda y construcción del conocimiento y reduciendo la misma a lo instrumental. La selección, apropiación y utilización hecha de las construcciones teóricas elaboradas por otras disciplinas no ha obedecido a procesos racionales de reflexión y criticidad sino a la urgencia operativa de plantear respuestas e implementar modelos de acción eficaces instalando así una ilusión racionalizadora, una racionalidad instrumental y una racionalización de la teoría.
- A finales de los años sesenta y comienzos de los setenta, influenciada por los movimientos de reconceptualización que se desarrollaron, de manera especial en América Latina, empieza a emerger en el interior de la profesión –prevaleciendo incluso en nuestros días– una concepción igualmente racionalizadora de la teoría. Aunque pone en cuestión su instrumentalización

para la búsqueda de respuestas inmediatas a problemas concretos, coloca a la misma en el terreno de la lucha política por la transformación social y el develamiento de las condiciones de explotación que afectan al conjunto de la sociedad y de manera especial a los sectores oprimidos. Tampoco aquí la teoría cumple un papel claramente decidido frente a la producción del conocimiento, ideologizándose y, por lo tanto, cerrándose. Su criticidad no es aquella que la racionalidad reclama, confundiendo muchas veces con la crítica, el cuestionamiento y/o la denuncia de la injusticia social.

- La complejización de lo social, el reconocimiento de la multiculturalidad y la puesta en escena de nuevas identidades y actores sociales arrastran la necesidad de levantar apuestas teóricas que permitan nombrar con mayor precisión lo social, dando cuenta de sus fisuras y poliformalidades. Desde finales de los años ochenta hasta nuestros días el Trabajo Social empieza a incursionar en ámbitos distintos a los tradicionales (familia, género, medio ambiente, derechos humanos, gerencia social, entre otros) y a preocuparse por su papel en la construcción del conocimiento. Aunque busca los aportes de las diversas teorías con espíritu más crítico, reflexivo y menos instrumental, el papel de las mismas sigue estando íntimamente conectado con la necesidad operativa de respuestas alternativas a las crisis que los conflictos sociales plantean, no logrando establecer una clara diferenciación entre actuación, conocimiento y teoría, como la contemporaneidad lo exige.

La teoría no es un camino de certezas, la misma señala un norte o contribuye a otear un horizonte, y cuando esperamos encontrar en ella verdades absolutas o respuestas a la solución de problemas le tendemos trampas racionalizadoras que enfatizan en la trama externa o en la practicidad como definitoria de lo social.

## 1.2. Teoría y práctica: estableciendo mediaciones

Una de las visiones quizá equivocadas con que arrastra el Trabajo Social a través de su historia, es la confusa y problemática relación entre teoría y práctica. Esa dicotomía entre pensar y hacer ha atravesado históricamente la profesión relegando a un segundo lugar el papel de la teoría, privilegiando el activismo y el asistencialismo y convirtiéndose en un obstáculo epistemológico para la producción de conocimiento. Diferenciar la práctica fundada en un actuar conceptual y reflexivo, de aquella otra que resulta de un proceso de acción sustentada en el ensayo y error sin soporte crítico ni conceptual, es una de las tareas a emprender por la profesión.

El conocimiento y comprensión de las complejas dinámicas sociales exigen al Trabajo Social la asunción crítica de elementos teóricos, metodológicos e instrumentales que posibiliten interactuar eficaz, eficiente y globalmente en las situaciones que la dinámica social demanda, encuadrando el ejercicio profesional en el ámbito de lo que algunos autores denominan una "intervención fundada".

Para comprender críticamente la diversidad y complejidad de lo social es necesario establecer mediaciones entre el conocimiento global y el específico, evitando el peligro de las fracturas inherentes a las visiones unilaterales o deterministas que sitúan a la profesión en el terreno exclusivo de la acción, nombrando con claridad los vacíos, contradicciones e imprecisiones propios de ese pensamiento dual y binario que ha sustentado la ambigua tensión entre teoría y práctica. Como plantea Teresa Matus (1998:32), "no se trata de superar visiones pasadas sino de criticarlas recapturando su sentido".

La dificultad para establecer mediaciones entre teorías, prácticas sociales y prácticas profesionales ha llevado al Trabajo Social a incurrir en concepciones racionalizadoras y equivocadas que reducen la teoría a la comprobación de la práctica o al establecimiento de modelos de actuación. Dicha situación —que constituye un obstáculo epistemológico no resuelto aún por la profesión— impide dilucidar los circuitos de intereses inmersos en sus diferentes opciones profesionales e incide en la precariedad de las apuestas teóricas, confundiendo teoría con acción o con experiencia empírica.

En la trayectoria histórica de la profesión se insinúan por lo menos tres posturas, importantes de analizar, que dan cuenta de la articulación que el Trabajo Social ha establecido entre teoría y práctica:

- **La primera** asume a la práctica como el centro, el fundamento y la razón de ser de la profesión, siendo ella la llamada a determinar y proveer los mecanismos e instrumentos necesarios para una acción eficaz y para la solución de problemas concretos. Dicha postura establece una analogía entre experiencia y práctica, constituyéndose la réplica o repetición de eventos en la condición formal mediante la cual se autorizan y legitiman determinados procedimientos, que por estar basados en experiencias similares, se homologan y transforman en modelos de acción. De esta manera, la teoría se reduce a una serie de construcciones abstractas, alejadas de la realidad, que no iluminan ni fundamentan la metodología, ocupando un papel secundario en la conformación de la especificidad profesional y apostándole poco a la producción del conocimiento.

Esta postura reduce la práctica al activismo, a la acción descontextualizada, repetitiva y lineal que no admite procesos de reflexión ni de análisis y que, basada en los modelos empíricos, experimentales —de corte positivista, tomados de las matemáticas y de las ciencias naturales—, opera bajo los principios de la lógica formal de carácter instrumental para los cuales la distinción entre naturaleza y sociedad no existe.

- **La segunda** establece una relación de subordinación entre teoría y práctica, siendo esta última la que determina a la primera. Según esta concepción, la teoría tiene que adecuarse a la realidad, estar en capacidad de dar respuestas prácticas a las situaciones concretas donde se actúa. Su alcance se ubica en el terreno de la confrontación y verificación de la realidad. Cuando no logra establecer correspondencia con ella, se descarta o adecua, puesto que su papel es el de aportar marcos explicativos y modelos operativos para su actuación en la realidad.
- **La tercera tendencia** difiere de las anteriores al reconocer que la teoría es un proceso histórico y subjetivo de reconstrucción de la realidad por la vía del pensamiento y vinculada a concepciones, visiones e interpretaciones sobre la misma, pero incapaz de plantear respuestas concretas.

Las anteriores concepciones contienen una visión racionalizadora de la teoría y adecuan la misma a las necesidades de la práctica, dotándola de virtudes mesiánicas y salvadoras que restringen sus posibilidades como orientadora y develadora de situaciones que contribuyan a comprender la realidad, no a manipularla ni a transformarla. La no distinción entre conocimiento y teoría y la ideologización que se hace de la misma, constituyen un obstáculo epistemológico para la construcción de conocimiento y para la fundamentación teórica de la profesión.

Algunos de los problemas derivados de las anteriores concepciones tienen que ver con el establecimiento de relaciones de dependencia y correspondencia entre teoría y práctica sin considerar que cada una comporta naturalezas diversas y específicas y que los nexos a establecer entre ellas son actos del pensamiento, posibles solamente a través de sistemas de mediaciones que involucren experiencias, representaciones y concepciones del mundo y de la sociedad.

Ni teoría ni práctica —en sí mismas— comportan "conocimiento", pero ambas están en posibilidad de aportar a la construcción del mismo, siempre y cuando se desarrollen como procesos subjetivos, abiertos, de traducción y representación de la realidad, capaces de albergar en su interior la duda y el error.

En cuanto a la naturaleza de estas instancias, vale la pena señalar que si bien pensamiento/acción, teoría/práctica y objetividad/subjetividad son componentes de un mismo proceso o movimiento, no existe identidad entre ellas y, por lo tanto, no puede hablarse de preponderancia o determinación de una sobre otra. Ni la práctica ni la teoría son actividades de segundo orden, ambas son momentos de acciones humanas orientadas hacia la búsqueda del conocimiento y/o hacia la transformación social, haciéndose necesario diferenciar las lógicas propias de cada una de ellas y el establecimiento de relaciones de complejidad e integración entre ambas.

La teoría no se "extrae" directamente de la práctica ni su función es aportar respuestas, herramientas o procedimientos para la solución de problemas. Los procesos de elaboración teórica son actos "racionales" que exi-



gen una suspensión temporal de la cotidianidad para aprehenderlo, constituyendo una modalidad específica de objetivación humana, fundamentada en finalidades concientes y específicas.

La práctica como acción racional es ejecutada por sujetos reales y la sistematización de sus acciones puede, en un momento dado, aportar a la producción de conocimiento sobre la realidad en que se actúa, pero ella en sí misma no constituye teoría: es un error pensar que las prácticas profesionales como tales producen teoría; en ellas afloran situaciones, eventos y particularidades que sirven como insumos para avanzar en la comprensión de ciertos fenómenos sociales susceptibles de soportar elaboraciones teóricas siempre y cuando se sometan a rigurosos procesos de mediaciones y abstracciones.

Lo anterior convida a cuestionar el valor del conocimiento adquirido en las experiencias de la práctica profesional, puesto que el solo contacto directo y permanente con determinadas problemáticas no garantiza conocimiento sobre las mismas, haciéndose necesario analizar el tipo de indagaciones científicas o elaboraciones teóricas desarrolladas sobre situaciones sociales como la pobreza, la violencia, el desempleo, la niñez desamparada, la explotación sexual, por mencionar algunas, que azotan a las sociedades contemporáneas.

La "indisciplina" intelectual que caracteriza al Trabajo Social hace que los estudios realizados por los profesionales aporten poco a la construcción de conocimiento sobre estas y otras problemáticas, haciéndose necesaria la configuración de propuestas al respecto. La preocupación por lo teórico y por el desarrollo del conocimiento no han constituido prioridad dentro de la especificidad profesional, y los afanes o rutinas institucionales, a las cuales ha estado sometido el ejercicio de la profesión, no lo han permitido.

La situación antes descrita evidencia, además de la tajante separación que entre teoría y práctica enfrenta la profesión, la polarización existente entre dos opciones profesionales (una centrada en la práctica y otra que propugna por la opción teórica) y el ahondamiento de una fisura significativa al interior del colectivo profesional importante de problematizar y superar.

Entre los factores que han incidido en la precaria "cientificidad" de las prácticas desarrolladas por el Trabajo Social se pueden destacar los siguientes:

- **La ideologización** tanto de la teoría como de la acción no le ha permitido al Trabajo Social una comprensión compleja de la sociedad. La falta de autonomía y la estrecha dependencia que ha establecido la profesión con los sistemas imperantes la han colocado a su servicio opacando la mirada sobre lo social y relegando la comprensión de su complejidad a la explicación funcional y parcelada de ciertos "problemas sociales" donde ha tenido que actuar.
- **La institucionalización** coloca, muchas veces, a la profesión en el terreno de la formalidad jurisprudencial o del eficientismo organizacional, asignándole

nándole a la práctica un carácter funcional que la sitúa en el terreno del control social o de los resultados tangibles cuantitativos.

- **La falta de investigación y reflexión sistemática** y permanente sobre la práctica (registros metódicos, balances, divulgación, evaluación) ha impedido que el potencial acumulado en tales experiencias se tradujera en la producción de conocimiento y en la elaboración teórica de la profesión: los intentos de sistematización (que desde finales de los ochenta empezaron a realizarse) son poco significativos en relación con la práctica global, se quedan en la descripción o recuperación anecdótica de la experiencia sin lograr trascenderla, y muchas veces no salen de las escuelas o centros académicos. La mayoría de los intentos de sistematización que sobre la práctica se realizan en Trabajo Social, están circunscriptos al ámbito académico y poco aportan a la producción de conocimiento, entre otras razones porque no logran establecer los requisitos de validación y rigor metodológicos requeridos por el trabajo científico, para producir conocimiento.
- **La falta de un trabajo intelectual disciplinado** es otro de los problemas que dificultan el establecimiento de una adecuada relación entre teoría y práctica: la capacidad de lectura, observación, escritura, reflexión, crítica y argumentación como fundamentos del trabajo científico son esfuerzos algo tímidos en la profesión, y eso se refleja en los desarrollos teóricos y en la limitada capacidad de "pensar un pensamiento propio".

Sin la nostalgia del pasado y con visión de futuro, el Trabajo Social Contemporáneo debe asumir el reto de estructurar la práctica profesional como un modelo abierto capaz de interrogarse y de construirse y no como un elemento reductor, instrumental o corroborador de la teoría. La práctica profesional es ante todo una instancia mediadora y como tal debe estar en capacidad de establecer puentes con la teoría y con la realidad social, posibilitando aprendizajes y desaprendizajes que reviertan en el desarrollo teórico, metodológico e investigativo de la profesión.

La mediación está íntimamente ligada con el carácter de la experiencia y es un elemento de confrontación que contribuye a la conformación de los sujetos sociales involucrados en ella. La mediación es una instancia legitimadora y dinamizadora de ciertas prácticas. Los principios que rigen y regulan la interacción y las jerarquías entre los participantes encuentran espacios de negociación, resistencia y transformación de los cuales dan cuenta los procesos de mediación. La mediación es una tarea cognitiva importante porque a través de ella se nombra o comunica la diferencia.

Hleap B. José (1999: 60) plantea que las representaciones y las formas de relación social que se establecen con el mundo, juegan un papel preponderante en los diferentes tipos de mediaciones. La mediación puede ser:

- **Cognitiva**, o aquella que agrupa los procesos en los cuales se resuelven o manejan los conflictos generados por la transformación de las representaciones, creando mitos integradores. La mediación cognitiva o mítica con-



siste en ofrecer seguridad mediante el recurso de la reiteración de argumentos, supuestamente conocidos y compartidos. Por mitificación se entiende el proceso por el cual se vuelven naturales y compartidos algunos argumentos recurrentes que sirven de justificación a las decisiones y acciones grupales.

• **Estructural**, referida a aquellos procesos donde se resuelven o manejan conflictos generados por la transformación en las formas de interacción, creando rituales integradores. La mediación estructural o ritual consiste en ofrecer seguridad mediante la repetición de formas estables de interacción y de acción. La ritualización está referida al establecimiento de determinadas formas recurrentes de acción e interacción que se convierten en el "modo de hacer las cosas"

Las dimensiones, mítica y ritual —presentes en las mediaciones— posibilitan la comprensión de eventos diferentes y contribuyen a restablecer la continuidad presente en los procesos (de mediación) que se efectúan a través de las diversas estrategias implementadas en los procesos de actuación profesional.

La preocupación del Trabajo Social por elaborar "teorías propias" que tengan como soporte el frágil sustento de la práctica profesional, es una empresa no solamente falaz sino imposible. Es necesario valorar la práctica como fuente de conocimiento científico pero es necesario desarrollar también un trabajo intelectual sistemático, crítico y riguroso que contribuya a la utilización racional de las teorías sociales que soportan su fundamentación.

Una práctica fundada le exige al Trabajo Social la incorporación, como constitutiva del mismo, de una perspectiva filosófica que contribuya a dilucidar el tipo de propuestas que a nivel del conocimiento se asumen a fin de no reducir la acción a un asunto puramente instrumental, ejercido por expertos y realizado sin mediación alguna. La utilización crítica de sistemas categoriales que actúen como orientadores de la acción evita que la práctica quede relegada al empirismo o a la autorregulación irreflexiva.

Hablar de teoría del Trabajo Social como aquella que no ha desarrollado por el camino de la reflexión crítica y la investigación sistemática sino como la resultante de experiencias cotidianas de trabajo, es distorsionar el papel que las instancias teórico/prácticas cumplen en los procesos de producción de conocimiento y en el develamiento de los múltiples y complejos asuntos que conforman la realidad social, ocultando u opacando los mismos y situando a la profesión en una visión romántica de lo social.

Seguir vinculando la identidad profesional con la práctica profesional es ratificar la postura pragmática —que privilegia la supremacía del conocimiento extraído directamente de ella— situando a la profesión sólo en el terreno de la acción y someténdola al vaivén de las demandas focalistas y eficientistas que obstruyen la posibilidad de tender puentes y mediaciones que aporten a la construcción del conocimiento en Trabajo Social.

En el develamiento de la relación teoría/práctica es necesario considerar que los valores, significados y sentidos que se le otorgan a las acciones humanas constituyen sistemas de enunciados, conceptos y proposiciones de los cuales se avalan diferentes prácticas sociales. Los actos terapéuticos y los abordajes profesionales no pueden considerarse aislados de las concepciones que los respaldan, pues a través de ellas se establecen los vínculos y mediaciones que las normatividades sociales exigen para legitimarlas: prácticas y racionalidades disímiles se fundamentan en sistemas simbólicos socio-culturales cuyas expresiones se presentan de manera también distinta según la época y el contexto.

Aunque aparentemente distintas, las categorías teóricas utilizadas por la profesión corresponden a visiones parceladas y reduccionistas de la realidad social que restringen la comprensión de la misma y circunscriben el accionar profesional al ámbito de lo específicamente particular (individual) o estructural, reflejando tensiones entre lo general y lo específico y entre la teoría y la práctica. Los flujos y reflujos que en función de tales polaridades han direccionado el devenir histórico de la profesión, limitan y determinan su especificidad convirtiéndose en obstáculo para asumir los desafíos que la globalidad y la complejidad de las sociedades contemporáneas le plantean al conocimiento y al Trabajo Social: lo particular y lo global, lo local y lo general tienen que orientar la visión y comprensión de lo social resignificando el sentido de lo teórico en la profesión y aportando así a la construcción del conocimiento, estableciendo un sano equilibrio entre actuar y pensar.

### 1.3. Ciencias Sociales y Trabajo Social: los desafíos de la sociedad global

La constitución de los estados nacionales y la consolidación del colonialismo europeo en ultramar son dos hitos históricos de carácter político que enmarcan y definen los procesos de surgimiento e institucionalización de las Ciencias Sociales durante los siglos XVIII y XIX y su adscripción a lo que muchos pensadores denominan el "proyecto de modernidad". Entendiéndose por el mismo ese vano intento de someter la vida al control absoluto del hombre, bajo el dominio de la razón y del conocimiento científico.

La supremacía del hombre sobre la naturaleza estuvo acompañada del empeño por dominar sobre ella mediante la ciencia, la técnica y el establecimiento de un ordenamiento jurisprudencial en el que quedaron atrapadas las "grandes teorías sociales", garantizando así su legitimidad. Esa sociedad predecible y regida por leyes no admitía el "desorden" ni mucho menos la incertidumbre, haciéndose necesario todo tipo de instancias, dispositivos y



mecanismos de control que garantizaran su funcionamiento.

Con la elaboración de teorías coherentes respecto de la realidad social el hombre busca, además de ejercer un control sobre la naturaleza y los acontecimientos, disponer de representaciones unificadas del mundo que le ayuden a satisfacer la necesidad de encontrar significados. Su carencia genera angustia, y la capacidad predictiva de las teorías restablece la certidumbre. De esta manera, la ciencia se convierte en un asunto exclusivo de legos o expertos, quienes de la mano del método analítico y de la capacidad predictiva del mismo imponen una visión reduccionista de la realidad.

Aparece también la figura del Estado como instancia garante de la organización racional de la vida humana —a través de la cual se coordinaba y controlaba todo el funcionamiento social—, dando lugar a la generación de representaciones sociales "científicamente fundadas" por las Ciencias Sociales que sirvieron de soporte para el establecimiento de políticas y programas gubernamentales. Ese ente regulador y canalizador de los intereses, deseos y necesidades de los ciudadanos, necesitaba aplicar criterios racionales para cumplir a cabalidad con su función básica de control social, y nada mejor para ello que teorías y categorías "científicamente" constituidas que permitieran conocer el mundo gobernado.

El surgimiento de las Ciencias Sociales no es un fenómeno ahistórico o casual que se suma a los marcos de organización política definidos por el Estado-nación, sino constitutivo del mismo. La capacidad de acción del Estado está condicionada por la posibilidad que tenga de asignarle a los ciudadanos una identidad cultural susceptible de ser controlada y por esa vía garantizar su legitimidad política.

El proceso de constitución de las Ciencias Sociales está conectado con la necesidad práctica que tiene el Estado de unir a todos los ciudadanos en un proyecto común de corte nacional, regulado por una serie de normas, leyes y valores definidos y legitimados por el "conocimiento científico" y a través de los cuales se pueda lograr el sometimiento de los tiempos y de los cuerpos de todos los ciudadanos, estableciendo un efectivo control social.

El afán positivista por descubrir las leyes objetivas que rigen el mundo, para controlarlo, trajo como consecuencia la parcelación disciplinaria y el establecimiento de una jerarquización de los saberes según su utilidad social y su capacidad para producir conocimiento científico, colocándose en primer lugar las Ciencias Naturales, luego las Sociales y por último las Humanas. Cada disciplina definió su objeto y desarrolló diferentes metodologías para abordar su estudio. La Sociología, por ejemplo, se ocupó de las leyes mediante las cuales se estructuraba u organizaba la sociedad; la Economía, de las leyes que rigen el mercado, y la Psicología de los procesos de la mente.

La institucionalización de las Ciencias Sociales en América Latina es un fenómeno reciente que se remonta a mediados de los años cincuenta, cuando temas centrales como desarrollo, dependencia, Estado y democra-

cía jalonaron el desarrollo de teorías propias, logrando posicionar a las disciplinas sociales en el contexto latinoamericano. Su papel, sin embargo, seguía ligado al Estado y a la necesidad que éste tenía de conocimientos útiles que pudieran revertirse en las políticas públicas para combatir los flagelos que la pobreza, la modernización económica y la democracia acarrearían. Los enfoques funcionalistas y economicistas dominaron el trabajo teórico y se estableció una estrecha dependencia con las políticas del Estado y con los organismos internacionales tales como la UNESCO y la CEPAL.

El paso de la sociedad tradicional a la sociedad moderna acarrió múltiples conflictos de orden social y su atención desbordó las tradicionales formas de la caridad cristiana y la filantropía, dando lugar al surgimiento de organizaciones, programas e instituciones estatales que contribuyeran al mantenimiento del orden socialmente establecido.

La modificación de las relaciones geopolíticas del planeta y la complejización de la vida social, a mediados del siglo XX, plantearon límites y estrecheces al conocimiento parcelado y exclusivo conformado por las Ciencias Sociales. La necesidad de abrirse y relacionarse con otros saberes permitió el establecimiento —por primera vez— de tímidas relaciones interdisciplinarias y el surgimiento de híbridos campos del conocimiento, tales como la Sociología de la Cultura, la Antropología Social y la Historia de las Ciencias. El nivel de las teorías se torna más complejo y aparecen nuevas escuelas de pensamiento social, como el Estructural Funcionalismo, operándose al interior de las disciplinas sociales un movimiento de mudanzas e interacciones que, aunque importante, no fue lo suficientemente fuerte para posibilitar la reconfiguración de las mismas, de tal manera que los paradigmas por ellas asimilados, de modelos europeos y estadounidenses del siglo XIX, siguieron imperando.

El Trabajo Social, no siendo ajeno a la anterior situación, se configura en el marco de una acción social de corte jurisprudencial legitimada por el Estado y ejercida, en muchos de los casos, por organismos privados de carácter filantrópico. La imposición de prácticas específicas de corte asistencial (impregnadas de requerimientos operativos de carácter instrumental) definió en buena medida la especificidad profesional.

El proceso de constitución del Trabajo Social está fuertemente signado por una relación discursiva de externalidad. Desde sus orígenes la profesión se ha visto abocada a establecer una serie de vínculos con prácticas, principios, postulados y valores que no emergen del seno mismo de la profesión, pero que le han sido funcionales en términos de las mediaciones y afiliaciones establecidas con la filantropía, el Estado, lo público y lo institucional.

El Trabajo Social surge a comienzos del siglo XX (1920 en Europa y años más tarde en Estados Unidos y América Latina) como resultado del desarrollo e institucionalización de las Ciencias Sociales, la ampliación de funciones del Estado y el impulso que desde el mismo se le dio a la formación especializada y a la conformación de instituciones encargadas de man-



tener el orden social. Las Ciencias Sociales y Humanas le aportaron a la profesión sus matrices teórico-explicativas y las herramientas metodológicas y técnicas para una actuación profesional eficaz. La secularización e institucionalización de la asistencia social permitió la sistematización de las experiencias anteriormente desempeñadas por el voluntariado.

La presencia de prácticas sociales de ayuda y asistencia social ejercidas por instituciones públicas y privadas y la existencia para la época de un régimen jurisprudencial e institucional legítimamente constituido, que las sustentaba, fueron los espacios donde se inscribió la actuación profesional: desde sus comienzos la profesión fue más práctica que teórica y su función principal se ubicó en la ejecución programática, consumiendo para ello teorías elaboradas por las disciplinas sociales.

Con una visión que trascendía la concepción tradicional de la filantropía y la caridad pero inserta en la noción —propia de la época— del individuo "incapaz" y responsable del desajuste social, Mary Richmond se dio a la tarea de formar profesionales que trabajaran en las instituciones creadas por el Estado dando lugar al surgimiento de las primeras escuelas de Trabajo Social y al denominado Trabajo Social de Caso.

Hasta mediados del siglo XX la mayoría de las disciplinas sociales se regían por el principio de reducción que comprime el conocimiento, restringiéndolo y homologando las complejidades humanas y sociales a la lógica mecanicista que suprime lo no medible, cualitativo y subjetivo. Se eliminan de plano todos los componentes propios de la condición humana como las emociones, sentimientos, vivencias y experiencias. La miseria humana y los grandes dilemas inherentes a ella se ocultan, dándole prioridad a los problemas técnicos y particulares que constriñen las posibilidades de comprensión y reflexión de lo social.

Morín afirma (1982) que el siglo XX ha vivido bajo el reino de una pseudo-racionalidad que bajo la presunción de ser la única, ha atrofiado la comprensión y visión que a largo plazo se debe tener, presentándose una gran paradoja: a la vez que se producen grandes progresos científicos y tecnológicos se origina una ceguera hacia los problemas globales, fundamentales y complejos, generadora de errores e ilusiones.

En las décadas de los sesenta y setenta, con los aportes de la ecología, la biología, la química, la física cuántica y la informática, entre otras, se modifican las ideas y visiones que —sobre el hombre, la vida, la Tierra y el universo— habían prevalecido, generándose movimientos y contracorrientes de pensamiento que arrastran otras propuestas desde las cuales es posible no sólo concebir, sino construir la realidad.

A finales del siglo XX, actores sociales no institucionales como las mujeres, los homosexuales y las minorías étnicas ponen en cuestión la "cientificidad" y neutralidad de las Ciencias Sociales, develando sus errores ideologizantes y denunciando su parcialidad en términos de raza, género, clase y etnia.

Durante las últimas tres décadas se presenta el surgimiento de categorías y conceptos que empiezan a demostrar que el mundo no es tan ordenado ni simple como se había pensado. La teoría del caos, la cibernética de segundo orden, la teoría de los fractales, la biogenética, entre otros, ponen en cuestión la pertinencia de los sistemas de ideas hasta el momento imperantes, mostrando la necesidad de confiar en la racionalidad para explorar la complejidad de una realidad azotada por el desencanto y las angustias propias de una época. Más que respuestas se necesitan preguntas que conduzcan, mediante la libertad y la autonomía, a la comprensión de la realidad.

El redescubrimiento del desorden y de la complejidad señala un nuevo horizonte. Como dice Morin (1982), "no estamos al fin de las realizaciones del pensamiento sino en la prehistoria del espíritu humano".

A mediados de los ochenta, un sector de las Ciencias Sociales comienza a introducir cambios importantes en las cartografías disciplinares, colocando su atención en los procesos de construcción de sentido que en la esfera de la vida cotidiana se producen. Se empieza a reconocer la importancia que la imagen y los medios masivos de comunicación tienen en la formación de nuevas identidades culturales y en cómo esas formas, de organización de la vida cotidiana, desplazan a las tradicionales, situadas en el terreno del trabajo y la política.

Esta situación marca un hito importante en el devenir de las Ciencias Sociales y Humanas en América Latina, las cuales comienzan a transgredir las fronteras definidas en su proceso de institucionalización, estableciendo quiebras y rupturas con los paradigmas tradicionales, instaurados por el "proyecto de modernidad", y dándole cabida al desafío de "abrirse" para insertarse en la sociedad global.

Las regiones, los Estados y las culturas de antaño están siendo afectados y articulados en una compleja malla denominada *sociedad global*, la cual está adquiriendo una forma particularmente "cultural" e "imaginaria". Lo que en los albores de este siglo se instaura es una diversa trama de relaciones potenciadas por el despliegue de las nuevas tecnologías de información que le asignan un valor central al papel de las imágenes —como referentes de diferenciación social—, las cuales se producen, consumen y comercializan como cualquier mercancía.

Esa nueva forma de habitar el mundo está caracterizada por la irrupción de un imaginario y una lógica cultural que establece y refleja cambios profundos en las estructuras geopolíticas, desterritorializando la cultura. Esta deja de ser ese conjunto de valores ligados a una geografía, nación o estructura social para convertirse en algo que se produce y mercantiliza, debido a que el capitalismo, para su reproducción, demanda la generación de imaginarios culturales que promuevan la innovación constante, la experimentación y el nomadismo de los grupos e individuos.

La cultura mediática, que se impone hoy en día, hace referencia a la capacidad modeladora que los medios de comunicación y las nuevas tecno-



logías ejercen sobre el conjunto de las prácticas sociales modificando de manera sustancial el sistema de necesidades básicas (sustento, muchas de ellas, de teorías económicas modernas) y desplazando el valor de uso de las mismas por un valor simbólico: adquirir un producto es algo más que satisfacer una necesidad primaria, es apropiarse de una imagen.

La anterior situación conduce al agotamiento de algunas de las categorías de análisis social, provenientes especialmente del marxismo tradicional y de la economía política liberal. Este nuevo binomio economía / cultura impone un gran desafío teórico-práctico a las Ciencias Sociales en general, y de manera especial al Trabajo Social.

A pesar de que la imagen constituye una unidad semántica y técnica importante en los procesos de comunicación social y en la constitución de las identidades culturales contemporáneas, el interés de las Ciencias Sociales por la misma sigue estando relegado al terreno de lo tecnológico, y en la teoría social este asunto sigue siendo marginal. Considerar la importancia que la imagen representa para los estudios sociales contemporáneos implica considerar de manera integrada los contextos de producción, distribución o consumo, y los formatos e instituciones que regulan sus usos y dentro de los cuales adquiere significados.

La irrupción de la imagen en el establecimiento de las relaciones económicas, políticas y culturales hace que los supuestos pre-semióticos del representativismo<sup>2</sup>, presentes en las teorías sociales tradicionales, se replanteen. El análisis de las prácticas cotidianas, que antes fueron rechazadas debido al carácter restrictivo de su representación, ocupa hoy un lugar central.

Desde el punto de vista epistemológico, es importante que las Ciencias Sociales y el Trabajo Social coloquen su atención en los sentidos cambiantes de las prácticas sociales y las asuman como prácticas significantes; aquellas que organizan y construyen relaciones que los sujetos sociales resignifican como portadores, creadores o interpretes de significado y en cuyos procesos de configuración cumple un papel definitorio lo cotidiano.

El desafío planteado, invita a concebir la vida social más allá de los estrechos marcos que la normatividad, el orden y las regulaciones propias de los modelos positivistas y jurisprudenciales imponen. Es necesario reinventar categorías de análisis que posibiliten la comprensión de lo social y que aporten a la producción del conocimiento desde la esfera de lo cultural y lo cotidiano.

Hay que romper con viejas tradiciones reduccionistas dándole cabida a un pensamiento abierto y complejo. La reflexión y la autocrítica deberán entro-

(2) Concebir la estructuración de la experiencia social por fuera de los sistemas de significación donde ella cobra sentido. En un espacio prelingüístico abstraído de tales sistemas de significación.

nizar, de nuevo, a una racionalidad capaz de develar los adelgazamientos y estrecheces del conocimiento teórico. La invitación no es sólo a aprender sino a desaprender, asumiendo a conciencia las inseguridades que ello supone.

Hoy más que nunca es necesario reconocer y asumir muchos de los errores y equivocaciones de viejas posturas ideológicas, asumidas en el pasado en nombre de la razón y de la ciencia. La complejidad de la situación actual y la implementación generalizada del modelo neoliberal han establecido fracturas significativas en la estructura teórica, funcional y laboral del Trabajo Social.

Abrir las Ciencias Sociales y por consiguiente al Trabajo Social es posibilitar la emergencia a su interior de territorios de indeterminación e incertidumbre que riñen y se contraponen con el comportamiento voluntario y determinado, refundando la posibilidad de una ciencia social crítica y políticamente creativa. Se torna imperiosa la necesidad de configurar nuevos mapas cognitivos a partir de los cuales sea posible conceptualizar la condición actual de las sociedades contemporáneas.

Abrir el Trabajo Social es romper con las ataduras que la "racionalización" de las teorías sociales —que lo sustentan— le imponen, esclareciendo sus límites e insuficiencias para aportar desde ahí a la producción del conocimiento. La renovación de su aparato conceptual le impone al Trabajo Social la dura tarea de desligar —religando— teoría y práctica, dando cabida al papel protagónico que las imágenes culturales cumplen en la sociedad actual.

La emergencia de nuevos actores sociales por fuera de los marcos institucionales (jóvenes, feministas, homosexuales, ecologistas, por ejemplo) y el apabullante desarrollo de las modernas tecnologías informáticas, entre otros, muestran un desbordamiento significativo de las identidades personales y de los referentes culturales no ligados a territorialidades específicas que dejan vacías de contenido a las categorías conceptuales antes utilizadas, como etnia, nación y clase.

El agotamiento y obsolescencia de los enfoques binarios y deterministas —dentro de los cuales se instalaron teorías cerradas y totalizantes, núcleos temáticos excluyentes y categorías contrapuestas y parceladas— hace que todo ese andamiaje paradigmático se torne vacío e insuficiente para nombrar e interpretar lo que la realidad actual presenta, haciéndose necesaria la reconfiguración de las disciplinas y profesiones.

Una de las mudanzas importantes que empieza a operarse en el andamiaje teórico —explicativo— del Trabajo Social es el desplazamiento y abandono de categorías economicistas (niveles de consumo, ingresos / egresos, procesos de producción, valor de cambio / valor de uso, entre otras) mediante las cuales y de manera determinante se solían nombrar muchas de las situaciones sociales. La satisfacción de las necesidades sociales está ligada hoy más que nunca a expectativas, deseos y aspiraciones —no sólo materiales sino simbólicas y culturales—, y en los procesos de exclusión / integración cobran especial significación perspectivas —de género, de grupo, de



sexo, ecológicas y culturales, entre otras— que desbordan las visiones economicistas. Desde el punto de vista cognitivo es necesario cambiar la perspectiva de lo observable, lo medible, lo verificable, y darle cabida a la posibilidad de nombrar el mundo de lo intangible y lo posible.

La reconfiguración le impone al Trabajo Social el desafío de incursionar en una apasionante aventura de pensamiento, conocimiento y experiencia dejándose penetrar por las posibilidades que lo inesperado y la incertidumbre representan. La humildad y la capacidad de asombro son esenciales para asumir de manera creativa y reflexiva los errores y examinar también —desde el punto de vista cognitivo— las necesidades espirituales y existenciales que ligaron o "ataron" el pensamiento y la profesión a determinada postura o tradición.

Un espíritu constructivo y dialogante es esencial para recrear y reanimar las propias visiones con las de los otros, sin defender, imponer u ocultar nuestros vacíos (hay que horadar el pensamiento, para aprender desaprendiendo). El llamado es a confrontar teorías y discursos, con el cúmulo de situaciones nuevas que a diario se presentan y con una disposición abierta que trascienda la constatación o verificación con el fin de no dejarnos amarrar, sino interpelar permitiendo que surja el propio pensamiento.

Al complejo escenario social y profesional de las sociedades contemporáneas, ingresan prácticas, imaginarios y representaciones socio-culturales construidas en cotidianidades multiformes y conflictivas donde la pérdida y la ruptura se instalan —como ejes articuladores y constituyentes de las mismas—, definiendo unos referentes identitarios y unos universos simbólicos importantes de desentrañar. Situaciones cotidianas de violencia (política, social y familiar), desplazamiento forzoso, violación a los derechos elementales, desempleo y exclusión, son algunos ejemplos de la situación actual (especialmente de América Latina, Asia y África).

La fuerza con que estas prácticas y vivencias se insertan en los sujetos individuales y colectivos, desarticulando y fragmentando el tejido social, deberá constituir un núcleo duro o eje fundante de la reconfiguración disciplinar del Trabajo Social Contemporáneo.

Las nuevas institucionalidades, originadas por el desplazamiento del Estado en la regulación y control de la sociedad, definen la aparición de modernos escenarios de actuación profesional y la ampliación de horizontes, no avizorados formal ni estructuralmente. La singularidad histórica del momento actual plantea al Trabajo Social la necesidad de compaginar, en el análisis de lo social, elementos tanto de la coyuntura local como de la global, diferenciando lo propio de lo externo. Hoy más que nunca se torna imperiosa la recuperación de la dimensión social del Estado, la reconstitución del tejido social y la erradicación de la pobreza.

## 1.4. Crisis paradigmática: quiebras y rupturas

La actual crisis paradigmática de las Ciencias Sociales devela las falencias, errores e inconsistencias presentes en muchas de las propuestas teóricas que han orientado y determinado la visión del mundo y la manera de actuar. La misma, confirma la necesidad de asumir otras apuestas que arrastren procesos de pensamiento y conocimiento complejos, donde lo global interaccione con lo parcial, ligando de manera dialógica el todo con las partes, y éstas con él.

La crisis de paradigmas cumple un papel funcional en la tarea de reconfiguración del Trabajo Social, puesto que permite poner en cuestión los modelos explicativos —generalistas— que soportan su estructuración obstruyendo la posibilidad de considerar lo cotidiano y particular. La fractura de estos modelos teóricos desnuda la realidad profesional, planteando retos y direccionando caminos.

El término *paradigma* se ha puesto de moda, y su comprensión se dificulta a veces, por la utilización tan disímil y encontrada con que aparece en numerosos discursos. Algunos de los significados más frecuentes asignados a este término son aquellos que lo asimilan con ejemplo, modelo o concepción del mundo, siendo conveniente, por lo tanto, contextualizar el sentido que en la presente discusión se le asigna al mismo.

Haciendo un poco de historia, vale la pena recordar que el término *paradigma* fue puesto en circulación por Thomas Khun<sup>3</sup> a comienzos de 1960, para clarificar y distinguir el acontecer teórico-práctico propio de los procesos de construcción de las ciencias. Es decir, los cambios que al interior de ellas se operan, el papel que cumplen las comunidades científicas<sup>4</sup> en los mismos, y el surgimiento y decadencia que las transformaciones históricas imponen a las teorías científicas.

Khun utilizó el término *paradigma* para designar realizaciones científicas reconocidas de manera universal y que le proporcionan a una determinada comunidad científica modelos de problemas y soluciones: procedimientos, leyes, teorías y conceptos compartidos que constituyen una unidad, una manera de ver el mundo. Existen diversos paradigmas y cada uno se estructura de acuerdo a sus elementos constitutivos, no siendo comparables entre sí.

(3) Tomas Khun, físico norteamericano nacido en 1922, profesor de Historia de las Ciencias en distintas universidades y autor del libro *La estructura de las revoluciones científicas*, publicado en 1964.

(4) Comunidad científica: grupo de personas dedicadas a una actividad científica común; comparten las mismas metas, reglas y métodos y establecen comunicación permanente.

### Guía de lectura

**Texto:** VELEZ RESTREPO, Olga Lucía (2003) *Reconfigurando el Trabajo social. Perspectivas y tendencias contemporáneas*. Espacio. Buenos Aires. "Fundamentación teórica o los errores de la razón". Pp.17 a 38.

### Consignas:

- 1) ¿Cuál es el proceso de surgimiento de las Ciencias Sociales?
- 2) Ligado a qué lógica de ciencia surgen las Ciencias Sociales?:
  - ¿Cuál es el papel de las ciencias?
  - ¿Qué enfoques se imponen en el conocimiento?
- 3) ¿Cuál es la relación de los estados modernos con el surgimiento de las Ciencias Sociales?
- 4) ¿Quién legitima el surgimiento del Trabajo Social como disciplina?